

Dos extractos de la novela *Por qué te vas*, publicada en Penguin Random House, 2023.

Zapiola 483, 1 amb. Baño, ideal pareja

Abre un tipo que debe ser Ricardo. Todos los que alquilan departamentos se llaman Ricardo y se visten como este Ricardo. No hace falta que describa a mi Ricardo, es igual a los otros: los pelos del pecho le asoman por arriba de la chomba color salmón. Y además lo del celular: lo llaman y el tono es una canción de Arjona. Ricardo famoso se pregunta por el altavoz del celular de mi Ricardo por qué el amor es tan cruel. Mi Ricardo pone cara de perdón pero tengo que atender. Me acerco a cerrar la puerta, pero lo pienso mejor y la dejo abierta. Una tipa sale del baño. Ricardo le pellizca el culo con una mano mientras se sostiene el celular sobre la oreja con la otra. Miro para otro lado. La cocina está incluida en el mismo espacio único. Hago tuco y me quedan las sábanas con olor a cebolla. Invito a alguien a dormir y me dice: ¿qué les pasa a tus sábanas?, me dan ganas de llorar con ese olor. Y me quedo solo el resto de mi vida. Ricardo empieza a gritar algo sobre la situación del país. La tipa se acerca con un vaso de vino. Miro por la ventana la calle atestada de autos dos pisos más abajo. Escucho las bocinas, los frenazos, los motores rugiendo que no me van a dejar dormir. Y qué te parece el depto, pregunta la tipa. Lindo. Sí, a mí me encanta el edi, desde el sexto la vista es di-vi-na y Ricky es un bombón, se ocupa mucho de sus inquis, siempre pregunta cómo estás, está todo bien con el gas, es muy presente. Voy a pasar a ver el baño, digo. Encaro para el baño pero la tipa va hacia la cocina y se distrae prendiendo y apagando la hornalla así que cambio de dirección hacia la puerta. Creo que podría soportar a Ricardo tocándome el culo cada vez que viene a revisar el gas, pero no el ruido de la calle ni el olor a cebolla en la ropa. Estoy por alcanzar la libertad cuando Ricardo me mira y freno en seco. Qué carajo te pasa, pregunta. Baluceo sin saber qué contestarle. Me interrumpe: no ves que sos un forro de mierda. En el piso hay unas chapitas de cerveza, me las quedo mirando. Tiene razón, soy un forro. Forro, forro, repite Ricardo. Entonces me doy cuenta de que le está hablando al celular y salgo corriendo. Desde el pasillo escucho a Ricardo gritar que no se puede confiar en nadie. Bajo las escaleras, salto sobre la bici y mientras pedaleo a toda velocidad pienso que no, no se puede, y menos en los Ricardos.

Perfume de eucaliptus

Las hojas de eucaliptus son largas y gruesas. Los frutos tienen un agujero con forma de estrella de mar por abajo, por arriba parecen carpas. Las flores de lavanda son mis preferidas por el olor y la forma que tienen y son fáciles de arrancar. Fue la mamá de Nicolás quien sugirió que hiciéramos perfume y nos enseñó cómo: había que poner alcohol etílico en un vasito y llenarlo de flores y plantas aromáticas; después de dejarlo reposar

unas horas, podíamos pasarlo a botellitas de champú vacías y venderle el perfume a los huéspedes.

Yo había recolectado suficiente, pero Nicolás caminaba desconcentrado y retorció cada tanto alguna hoja. Tenía doce años, dos más que yo. Nos habíamos conocido durante las vacaciones de verano y nos propusimos ganar plata para gastarla en las maquinitas del hotel. Siguiendo el camino de plantas llegamos frente a la recepción, donde estaban el salón de juegos, el comedor donde pedíamos chocolatada y las computadoras con internet. Nicolás abrió la puerta, yo le dije que todavía faltaba juntar bastante, pero él entró así que lo seguí. Vamos a ver qué están dando, dijo. En la sala de cine solían pasar películas infantiles, aunque nosotros nos sentíamos grandes y casi no íbamos a las actividades recreativas.

Adentro está todo oscuro excepto por la luz pálida de la pantalla. Siento que algo está mal, que no deberíamos estar ahí, algo del silencio que había cuando entramos me pone de golpe nervioso. Nicolás espera a que yo entre y cierra la puerta. Escucho el clac de la cerradura como la sentencia de lo irreversible. En la pantalla hay un espacio enorme y blanco que parece un hospital, camillas y delantales colgados de las paredes. En el centro del espacio, una mujer en cuatro patas, desnuda. Un hombre, también desnudo, la penetra agarrándola por atrás. Me doy vuelta e intento salir, pero Nicolás se apoya fuerte contra la puerta y no me deja abrirla. Pará, miremos un poco, susurra en mi oído. Escucho los gemidos de la mujer y miro la pantalla impulsivamente. Siento una mezcla de horror, excitación y vergüenza. Algo blanco sale del pito del tipo o de la boca de ella o no sé bien de dónde. En la sala oscura hay otros espectadores. ¿Qué hacen ahí? Vamos, por favor, le ruego a Nicolás.

Volvimos corriendo a la habitación. Antes de entrar, frené y le pedí que no dijera nada de lo que habíamos hecho. Me dijo que no, obvio, pero lo primero que hizo cuando mi mamá abrió la puerta fue contar todo. No recuerdo la cara que puso mamá, ni los detalles de lo que contó Nicolás. Estaba ocupado poniendo un fruto de eucalipto en cada vasito con alcohol.

Dos escenas de la obra *Decir te amo es un atentado*, Teatro Nacional Cervantes, 2021.

Escena I

El baño de una nena de diez años. Hay posters de Iggy Pop colgados en las paredes. TAMARA está parada arriba de la tapa del inodoro mientras MICHELLE se maquilla en el espejo y BORIS fuma porro.

BORIS: The Clash.

TAMARA: Joe Strummer.

BORIS: Talking Heads.

TAMARA: David Byrne.

BORIS: The Offspring.

TAMARA: Dexter Holland.

BORIS: Sex Pistols.

TAMARA: Johnny Rotten.

BORIS: Los Ramones.

TAMARA: Joey Ramone.

BORIS: The Stooges.

TAMARA: El mejor del mundo entero, el rey del punk, el inventor de tirarse encima de la gente en los conciertos.

BORIS: El mosh.

TAMARA: El inventor del mosh. Mirálo, acá lo tenes, con ustedes: ¡Iggy Pop!

TAMARA y BORIS cantan "The passenger".

MICHELLE: Es imposible maquillarse así *(abre la canilla, pero no sale agua. Se limpia la cara con una toalla y le queda el maquillaje corrido. Empieza de nuevo).*

BORIS: ¿Qué te regalaron?

TAMARA: Nada.

BORIS: Papá quería llegar temprano para hablar con tu papá.

TAMARA: Por qué le decís papá. Es mujer.

BORIS: Yo nací y era mi papá. Es mujer, si él quiere, todo bien, pero es mi papá.

TAMARA: Seguro quiere que le digas mamá.

BORIS: No.

TAMARA: ¿Le preguntaste?

BORIS: No, todo bien.

TAMARA: Todo bien, qué.

BORIS: Con papá, todo bien. No hablamos mucho de esas cosas.

MICHELLE: Yo cuando sea grande quiero ser travesti.

BORIS: ¿Qué decís?

TAMARA: ¿Querés ser varón?

MICHELLE: No, quiero ser travesti.

BORIS: ¿Querés cambiarte de sexo?

MICHELLE: ¡Ay! Jajajaja, ¡dijo sexo!

TAMARA: ¿Sabes lo que es un travesti?

MICHELLE: Obvio.

TAMARA: ¿Qué es?

MICHELLE: Un traba.

BORIS: ¿Por qué querés ser travesti?

MICHELLE: Para vestirme como tu mamá... Tu papá... Tu mapá. Como sea. Los travestis se visten muy cool y saben maquillarse. Además, son especiales porque hay pocos. Hay muchos doctores y policías y actores de teatro y varones y nenas pero travestis hay pocos. Yo quiero ser especial. Mi mamá dice que soy "un ser muy especial". Mi mamá sonríe todo el tiempo, entonces nunca sé si está contenta de verdad, o a veces sí y a veces no.

BORIS: ¿Qué te regalaron?

TAMARA: Ya me preguntaste.

BORIS: ¿Quién más viene?

TAMARA: La tía Rocío.

BORIS: Uff.

TAMARA: Qué.

BORIS: La tía fuma porro.

TAMARA: Y vos también.

BORIS: Sí, pero ella es grande. Yo soy un adolescente, fumar porro es mi deber, está en mi esencia.

MICHELLE: ¿Qué es esencia?

BORIS: El alma de las cosas. La esencia hace que cada cosa sea lo que es y no otra cosa.

MICHELLE: Por ejemplo, la esencia de vainilla. El alma del budín de banana. Budín es la palabra más linda del mundo, budín. Mamá ve siempre el canal de cocina. Ve todos los programas que puede, todo el día, así aprende mucho de cocina. Por eso sé cómo se hacen los postres y las comidas. Mamá no cocina, tenemos una chica. La chica también me lleva al colegio y me busca, me baña y cocina. ¿Y qué es porro?

BORIS: Faso.

MICHELLE: Ah. Faso. ¿Y qué es faso?

BORIS: Marihuana.

MICHELLE: ¿Y eso, qué es?

BORIS: Dale, no te hagas.

MICHELLE: No, de verdad, ¿qué es?

BORIS: El THC es un psicotrópico obtenido de la planta del cáñamo...

MICHELLE *(lo interrumpe)*: ¡Aburrido!

BORIS *(a Tamara)*: Fumar marihuana es un acto revolucionario, anarquista, punk. ¿Alguna vez probaste?

TAMARA: No.

BORIS: ¿Querés probar? *(le ofrece el porro)*

TAMARA: ¿Puedo?

BORIS: No sé, ¿podés?

TAMARA: Sí, yo creo que sí.

BORIS *(alejándole el porro)*: No, no podés. Porque tenés nueve años. Sos muy chiquita.

TAMARA: Hoy cumpla diez. Como regalo de cumpleaños. Concedémelo.

BORIS *(burlón)*: Ay, "concedémelo".

MICHELLE: ¿Qué es?

TAMARA: ¿Qué?

MICHELLE: ¿Cómo sabés esa palabra de grandes?

TAMARA: Con papá tenemos un trato. Lo llamamos "excepciones y concesiones". Hay muchas cosas que tengo prohibido hacer. Pero si hay algo que quiero mucho, puedo pedirle una excepción, hacemos una reunión un viernes a la noche y él decide si está concedido o no concedido.

MICHELLE: Yo quiero.

TAMARA: ¿Qué cosa?

MICHELLE *(muy seria)*: Maribuana. Condecimelo.

BORIS: Vos también tenés nueve.

MICHELLE: ¿No me ves toda maquillada?

BORIS: Sí, pareces una travesti.

MICHELLE: No, soy una adolescente... Fumar porro es mi deber. Está en mi esencia.

BORIS: Esa es mi frase.

MICHELLE: Esa es mi frase.

BORIS: No me copies.

MICHELLE: No me copies.

BORIS: Uyyy, que tarada.

MICHELLE: Vos tarado.

BORIS: Ja, ¡perdiste!

MICHELLE: Los juegos son para divertirse. No importa quién gana y quién pierde.

BORIS: Típica frase de perdedora.

Escena VI

En el living, CAMILA, la hermana de TAMARA, vestida de bailarina clásica con un tutú rosa manchado con ketchup y zapatitos de baile y un bolso deportivo colgando en el brazo, furiosa, con el maquillaje corrido. MARCOS, el padre, manchado y mojado, mira a CAMILA.

CAMILA: A veces pienso que no tengo talento, que no tengo nada para dar, que no tengo futuro, que soy común, no destaco y no tengo brillo propio. Me veo de grande intentándolo con todas mis fuerzas a pesar de la humillación y las derrotas; pobre, sucia, yendo a castings y audiciones donde me tratan mal y se ríen de mí (*le molesta el tutú y se lo arregla*). Y pienso en la obra social y el alquiler y el abl y los arreglos dentales y que nunca voy a poder pagar nada de eso, ni tener una casa grande y moderna y que mis hijos no van a poder jugar a la playstation. Cuando yo era chica no tenía playstation por decisión de mi papá; quizás fue porque éramos dos nenas, y claro, “las nenas no juegan a la playstation”, quizás si mamá hubiera estado le hubiera dicho “tranquilo, Marcos, que una playstation no va a arruinar a tus hijas”, pero no, porque mamá no estuvo y papá decidió solo y yo siempre quise jugar al jueguito de robar autos, ese que vas con la pistola, TA-TA-TA-TA y rompés todo (*agarra un plato de sandwichitos y traga tres, uno atrás del otro. Los demás se miran preocupados y hacen ademán de acercarse, pero CAMILA vuelve a hablar y se quedan quietos*). Otras veces siento que sí tengo talento y me imagino viviendo como bailarina: en una compañía importante o al menos trabajando en películas actuando que soy bailarina o hasta dando clases de danza. Pero entonces por qué me cuesta tanto, por qué todo es tan difícil (*agarra un sandwichito*). Y me pregunto si soy yo misma, que no me dejo crecer, “no hace falta, Camila, así estás bien, no lo intentes demasiado”. Pero hoy, papá, pensé o me di cuenta o no sé, que quizás, sos vos, papá, el que no me deja crecer. A vos te hablo, papá, mirame cuando te hablo. Yo hago las cosas bien: bailo con alegría, entreno, salgo a correr, tengo amigos, uso Instagram y Facebook pero no demasiado y no subo fotos de comida y el Twitter ya lo cerré. Me porto bien, no contesto mal, soy cariñosa, feliz cumpleaños, Tamara, y hago la cama y en las fiestas tomo un poquito, pero no me paso, no me drogo y bailo reggaetón aunque quiero ser bailarina clásica porque ¡hay que tener una mente abierta! Y no tengo novio pero ya va a llegar, todo a su tiempo y me gustaría ser como las chicas de las películas pero sé que cada una tiene que ser como es y no ir por la vida copiándose de los demás, me muero de sed (*agarra una botella de agua y se la toma entera*). Entiendo que todo pasa por algo y a veces respiro, me tomo un tiempo para pensar y sonrío, aunque todo sea una puta mierda. Por eso hoy, cuando me llevaste a la prueba de baile y me preguntaste si tenía hambre y yo te dije que sí pero que estaba nerviosa y vos te fuiste corriendo, ni me escuchaste y volviste con un pancho, no, un súper-pancho, lleno de papitas y chorreado de ketchup, un pancho de esos largos, que tenés que poner la boca de costado

para comerlos... Me perdí. ¿Qué estaba diciendo? (*Agarra un sandwichito, se lo acerca a la boca, pero cuando lo está por comer se acuerda*): ¡¿Un pancho?! ¿Cómo me vas a comprar un pancho antes de una audición? El ballet y los panchos no pegan, papá, no van juntos. ¿Salchicha y papitas para dar *battements* y *jetés*? Es como si no me conocieras, como si no supieras nada de mí. El ballet y los panchos no pegan. Un pancho va con canchas de fútbol, con adolescentes borrachos después del boliche, con estaciones de servicio. No va con tutús y zapatitos de baile. ¿Cómo puedo pensar en *demi-pliés* y *pas de bourrée* si me acabo de comer un pancho? (*Se saca el tutú*). Y me resistí, no lo comí y entonces tenía hambre, y, mientras bailaba, pensaba doble en el pancho: por el hambre y por la bronca. “Mi papá no sabe nada sobre mí”, eso pensaba y no me podía concentrar. Hice todo mal y ahora seguro no me elijen y me voy a quedar afuera de todo (*termina de hablar y se pone un sándwich en la boca*).

MARCOS (*temeroso*): ¿Afuera? ¿De qué?

CAMILA (*con la boca llena y casi llorando*): Afuera de la escuela de danza, del camino que elegí, del futuro que pensé que podía tener, afuera de la vida que siempre quise y voy a ser una fracasada para siempre viendo como todos triunfan y yo me quedo acá sentada engordando y teniendo hijos.

Grita y sale corriendo desesperada de la habitación. MARCOS corre atrás de ella.

Extracto de la crónica *Las cartas del perdón: ¿reparación o miedo al escrache?* publicada por la revista VICE, 2020.

En 2017 escribí una carta pidiendo perdón. Con Andressa nos habíamos conocido en un festival de teatro en Brasil. Durante meses fuimos y vinimos entre Buenos Aires y San Pablo. Y después, casi sin explicación, con un puñado de palabras enredadas, dejé de verla. Un tiempo después, sentí que necesitaba escribirle a Andressa e intentar explicar algo: justificar mi crueldad, rellenar mis silencios, pedirle perdón.

La carta que escribí decía cosas como: "Sé que fui cruel y eso me da vergüenza y dolor. Espero que puedas perdonarme, aún cuando no haga falta que me lo digas, para poder sentir que todo lo que vivimos valió la pena; que son recuerdos que, ojalá, vuelvan a iluminar nuestras locuras, nuestras historias, nuestras travesías".

Andressa me contestó con un poema de Juarroz. Decía así: *Crear un marco para cada cosa, para que cada cosa sepa por dónde entrar. Y después, romper con ella el marco, para que cada cosa sepa por dónde irse, sin romperse ella misma.*

Dos años después, estoy en una fiesta llena de artistas borrachos. Es 2019, antes de que lo pandémico fuera siquiera imaginable. Miro desde el futón una masa de treinta brazos y piernas que baila al son del último trap del Wos. A un lado tengo a Valentina, que le cuenta a Mailén lo que le pasó hace dos días: su ex-novio Marcos le escribió para invitarla a tomar un café; se juntaron, tomaron café y Marcos le pidió perdón. Perdón por qué, pregunta Mailén.

- Por todo lo que hizo mal, dice Valentina.

Sus aritos con plumas se agitan, casi vuelan. Hace cuatro años habían cortado con Marcos. Después de tanto tiempo, dice, ya no le pesaba el dolor, pero escuchar a Marcos hacerse preguntas y cuestionarse comportamientos la hizo sentirse tenida en cuenta.

- Qué bien que nos hizo el feminismo-, dice Mailén mientras juega con su ombligo, que asoma bajo una pupera.

Yo saco el celular. Busco en la carpeta de enviados los mails de abril de 2017. Quiero leerles, porque creo que es pertinente, mi intercambio con Andressa: mi carta pidiendo perdón y su respuesta con el poema de Juarroz.

- ¿Qué pasa? ¿Estás bien?, pregunta Mailén.

Me había olvidado. Pero las acabo de encontrar y de golpe me acuerdo. Con menos de un mes de diferencia respecto a la carta que le escribí a Andressa, envié dos cartas más, dirigidas a Ana y a Rocío. En ambas, utilizando palabras y razonamientos diferentes, repito el procedimiento: comparto que estuve pensando, que me di cuenta de cosas, que me sentía mal y que necesitaba pedir perdón.

Entro a Facebook y escribo uno de esos carteles de colores donde la gente pide cosas. Casi ni lo pienso, escribo lo primero que se me ocurre. Y lo posteo.

Los testimonios, cartas, mails, mensajes de Whatsapp y audios empezaron a llegar, primero con la timidez de la espuma, después con la potencia de un mar. En un 95% me escribieron mujeres. Me hacían llegar mensajes de sus ex y también las respuestas que ellas mismas escribieron. A veces, me pareció ver algo de tristeza y dolor en los textos con los que me introducían al material. Pero también, y sobre todo, alivio de compartirlo, entusiasmo por revisar desenlaces y mucho humor.

Por ejemplo, está captura de pantalla que me envió Laura (“mirá lo que me manda el salame de mi ex”).

El ex: “che te quería contar porque me nacio escribirte, vengo pensando desde hace un tiempo que yo a vos te debo alguna que otra disculpa, no me porte lo que se dice muy bien. Desde hace un tiempo que empece a reveer ciertas normas, me ayudaron a tomar conciencia sobre mis modos de relacionarme. Hice lo que crei que era lo mejor, y ojala me hubiera sometido a una deconstrucción antes. Hoy solamente queria acercarte estas disculpas”.

Laura: “Te hago dos preguntas. ¿Por qué cosas te estás disculpando concretamente? ¿De qué hablas cuando decís ‘hice lo que creí que era lo mejor’?”

El ex: “me disculpos, cuando recuerdo algunas pelea. Y me recuerdo en posturas muy machistas como infundadno confucion. O cosas como norespeter tus espacios. me volvi medio persecuta, pero fue sin malas intenciones. En el fondo de mi me enseñaron a perseverar antes que a escuchar. Cuando digo hice lo que mejor pude, quiero decir, en ese momento crei que estaba bien, que eso era parte de demostrar amor”.

O Vera, que recibió este mensaje de un chico con el que había estado saliendo hasta que de repente dejó de contestarle:

“Desde un principio propuse la relación relajada, con tiempo y lugar para estar solos. Estuve aprendiendo mucho acerca de las relaciones vinculares este tiempo, estoy mejorando muchísimo y lo que me dijiste de la responsabilidad afectiva estuvo buenísimo! Gracias!! No hiciste nada mal vos Vera! Yo me fui al sur y me recontra desconecté. Siento que vibrábamos pero tus ganas de profundizar en mis cosas y conocerme creo que me asustó. Estuve pensando mucho y buscando la razón. Es como que necesitaba cambiar de música, cambiar de ropa, elegir otro gusto de helado. No sé jaja. Me pasa seguido. Simplemente dejé de pensar en vos durante el viaje y cuando volví tampoco. Me desenganché absolutamente y desaparecí de una mala manera. Mil perdones por eso”.

Le pregunto a Vera como se sintió al recibir este mensaje. Me escribe: “Cuando vi la respuesta primero me sentí feliz de que finalmente hubiera decidido contestar porque no sabía si lo iba a hacer. Pero al leer el contenido me pareció armado o ensayado, no sé cuál

sería la palabra. No me cerró. Viste cuando alguien habla mucho y dice poco? Siento que de alguna manera atrás de todo ese palabrerío hay una cosa concreta que no voy a saber”.

Yo no puedo evitar pensar que a él le pareció bien dejarla a ella como quien “cambia de ropa, de música o de gusto de helado”, y me doy cuenta de que en esa frase está todo dicho.

Extracto de la novela *Años luz que no brillamos*, próxima a ser publicada por Penguin Random House, 2026.

Capítulo cuatro

El olvido lo había aprendido tiempo atrás. Pero entonces no lo llamaba olvido.

- Despertá, Sochi.

La voz de Kalli viva. Su mano en mi hombro me sacudió un sueño malo: un hueco en el ventanal invitaba aerolitos a la Nave y todo estallaba. Yo trataba de hacer suspenso de ese caos con historias pero ellos no escuchaban, eran materia. Arrasaban la Nave y flotábamos todos.

En la penumbra acarició Kalli mis hombros pesados de pesadillas. Querés contar qué viste, preguntó. Quisiera pero no hay imagen, de nuevo oscura de nuevo, me quejé. Había, sin embargo, pero convertí en secreto mi sueño para no asustarla con delirios.

Kalli secó mi frente con dedos de tela. No duermo yo tampoco, suspiró.

Quedamos sin habla un rato, dejándonos estar en las respiraciones alternas de las tres. Cerca dormía Jadi, envuelta en sí misma, con el dedo chico entre los dientes.

Aún sabiendo que podían oírnos, dejé elevar desde el fondo de mi vergüenza la inquietud que me asolaba desde que Kalli, poco antes, comenzara a hacer sonar la música en tanto a mí, vedada de esa función, se me asignara encargarme de la Docta:

- Cómo se siente el sonido.

Pedí. Y esperé.

Solo bueno dijo Kalli en la oscuridad. Luego empezó a moverse. Se volvió en segundos una queja afónica. Gimíó penas que yo ignoraba como si intentara contener dentro de sí un eco. El temblor crecía y la escuché rebalsar saliva que le escapaba a la boca y con sorbidos buscaba retenerla y de pronto enmudeció.

Por un instante, silencio de ambas. Dejé entrar, para verla, un destello violeta. Kalli había pausado todo movimiento. Escondía el final de una mano entre las piernas. Miraba con sonrisa de niña que juega. Anunció:

- Así, más o menos, es que es.

Pero nada sonaba. Yo había preguntado por la música y Kalli en respuesta me enseñaba un silencio. Insistí en que me contara sobre la acción que encendía a Sinatra.

- Eso no importa, dijo, es de otros eso. Esto es tuyo, es secreto.

Quedé esperando insatisfecha. Dijo Kalli:

- No se entiende hasta probarlo. Si yo te toco, suena y nos retan. Vos hacelo.

Cerré los ojos por pudor de tenerla tan próxima. Me acerqué la mano expectante, temblorosa. No descifro cómo no lo supe antes, pero hay cosas que no aprendemos si no nos las enseñan.

Justo entonces se revolcó Jadi al lado nuestro, respondiéndose entre sueños a sí misma. Con Kalli quedamos rígidas. Nos miramos guardando el aire hasta no aguantar y reímos nuestras carcajadas. Frenamos para no despertarla.

- Lo hacés, insistió Kalli una vez que nos calmamos.

Y empecé a acariciarme. Ya en ese instante habló Yaco mi nombre para todos. Retiré la mano sin abrir los ojos. No puedo, dije a Kalli y ella:

- Seguí.

Una orden, era. Y yo seguí.

- Sochi.

Me frenó de nuevo la voz de Yaco desde ningún lado.

Busqué los ojos de Kalli que miró desafiante. Le obedecí como siempre hacía y hubiera siempre hecho. Sentía la música en los dedos, aunque no sonara para nadie más que para mí. Sonaban, tal vez, el respiro de Jadi, la orden de Kalli, la voz de Yaco, la Nave avanzando. Pero el sonido en mis dedos no me dejaba escuchar mi nombre, no me dejaba escuchar nada. El respiro de Jadi, la orden de Kalli, la voz de Yaco, la Nave avanzando, todo se iba volviendo latido, un pulso que me tomaba el cuerpo y el oído. Y así convertí la música en silencio.

About the translator

Marita Propato*Conference Interpreter**Literary, Scientific, Technical and Sworn Translator**Transcreator, Copyeditor, English <> Spanish*

Maria C. (Marita) Propato is an EN<>ES Conference Interpreter and certified translator, transcreator, copyeditor and professor. She has more than 30 years of experience in the fields of diplomacy, business, financial services, humanities and social sciences, IT, energy and corporate communications. She works enabling successful communication for embassies, local and global companies, foundations, government agencies, NGOs, universities and international organizations. In 2018, she was Lead Interpreter of the *Buenos Aires Youth Olympic Games*. She has two degrees in translation and two ATA certifications. She has served in leadership positions in her local association and in the *International Federation of Translators* (FIT). She is a member of ATA's Spanish and Interpreters Divisions. She's been a speaker at *ATA60 to 66*, has a keen interest in the continuity of the profession and a passion for training the next generation of language professionals. In 2025, she received the FIT *Prize for Interpreting Excellence*.